

lianos, alemanes, yankees y negros, mejicanos, ó naturales de las islas del Pacífico, llegan á la caída de la tarde en grupos, echan al suelo los lios que traen á la espalda y les sirven de asientos, porque el barracón tiene pocos ó ninguno. Lo primero que hacen es pedir de beber: proposición que anticipa el que mas fondos tiene, y por lo regular convida á los demás.

Se cena, se fuma se vuelve á beber, luego se

desenvuelven los petates y se escoge sitio para dormir, para lo cual cada uno se ingenia como mejor puede. Muchos juegan; y el juego, acompañado de ternos y tragos, se prolonga hasta la madrugada.

Al bajar de la meseta, llegamos á la posada de la centésima milla, cerca de Bridge Creek.

En Soda Creek tomamos el vapor para Quesnelle, de donde salimos á pie para Williams Creek.

A la noche de nuestra tercera jornada llegamos á



Una posada del Caribú á media noche.

Richfield, á 60 millas de la confluencia del Quesnelle, y seguimos nuestro camino por Barkerville, hasta Cameron-Town, situada mas abajo sobre dicha corriente. Nos hallábamos por fin en el Caribú.

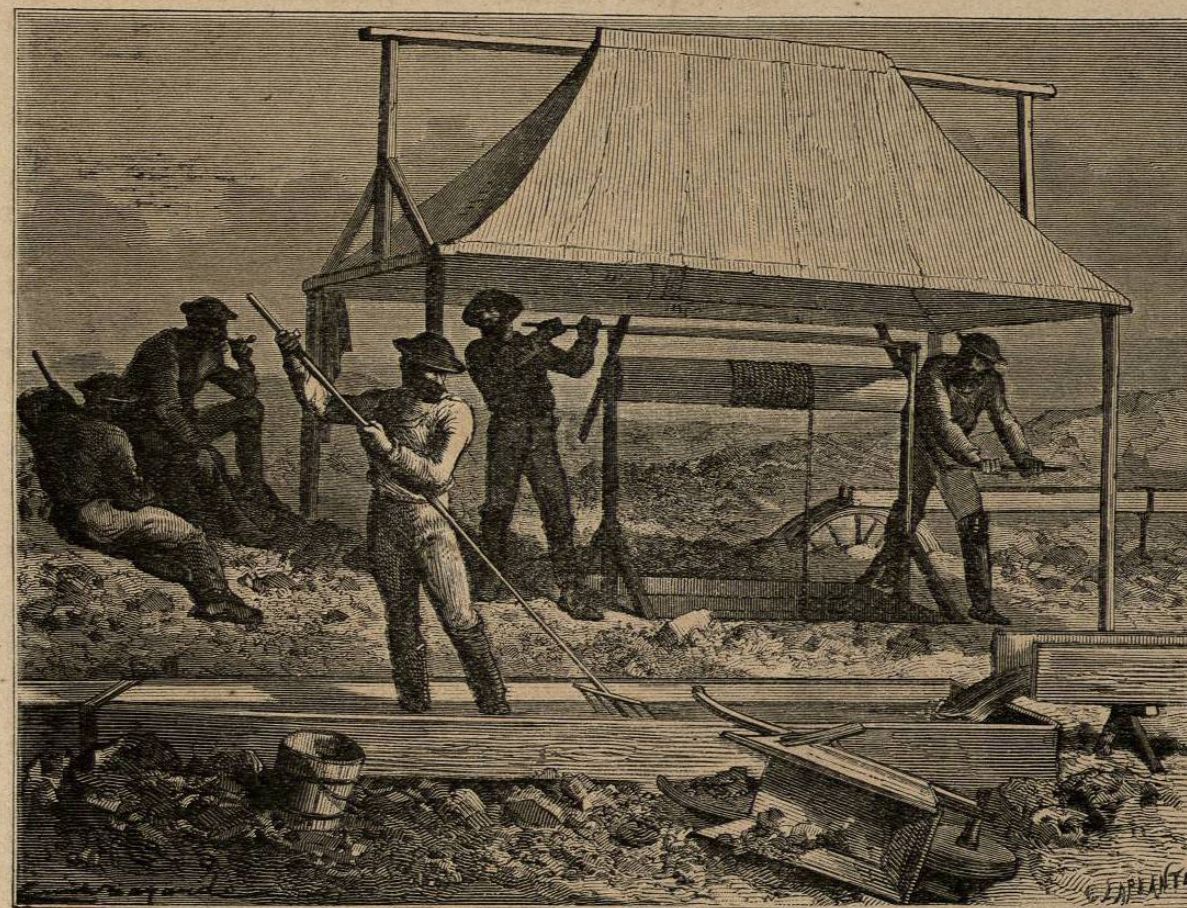
Este es el distrito mas rico de la region aurífera en la Colombia Británica, y en donde se han hecho sentir especialmente las revoluciones geológicas. El pais presenta el espectáculo de un mar de montañas y colinas cubiertas de abetos. Las primeras llegan hasta 7,000 ó 8,000 pies, y están rodeadas por la confusa mole de las segundas. El suelo ha sido violentamente agitado por todas partes, en términos que excepto

el fondo de los estrechos barrancos que separan las colinas, apenas se encuentra un pie de terreno llano. Alrededor de este centro de las riquezas arrojadas del seno de la tierra, el brazo principal del Fraser forma un curso semicircular, y recibe de sus numerosos tributarios el oro que contienen sus arenas.

En las minas de Cameron-Town, el *barropagador* (*pay-dirt*) pues así se llama la capa de arcilla y casqui que descansa sobre el *lecho pedregoso*, y que contiene el oro, estaba á 30 ó 50 pies debajo de tierra. Se abre un pozo á la conveniente profundidad; el *barro* sube en un cubo que se maneja por medio

de una cabria, y se vierte luego en un largo cajon, llamado la *caja de sorpresa* ó el *long tom*, que tiene un falso fondo compuesto de barras paralelas, que dejan entre sí pequeños espacios, y se eleva algunas pulgadas sobre el fondo verdadero, provisto de muchos travesaños de madera. Una corriente de agua, traída algunas veces desde muy lejos, cae en la *caja de sorpresa* por un lado, y sale por otro. A medida que

se vierte el *barro*, un hombre, armado con una larga horquilla de muchos dientes, la agita sin cesar y saca de ella las piedras mas gruesas. La arena fina y la tierra son arrastradas por la corriente; pero el oro, que es mas pesado, cae al través de los vacíos que dejan las barras paralelas del falso fondo, y es detenido en el fondo verdadero por las barras trasversales, llamadas *riffle*. El *barro pagador* tiene por lo regu-



Estracción y lavado de oro en Cameron Town.

lar 3 ó 5 pies de espesor, y por lo tanto, las galerías de las minas son muy bajas; su techo está sostenido por unos troncos en que se apoyan varias vigas trasversales, y el agua se saca en cubos, por el sistema de las norias. En el invierno estos aparatos quedan inutilizados, pues se cubren de enormes témpanos de hielo. Vimos funcionar dos de ellos, al abrigo de un techo y manteniendo el calor por medio de hogueras.

Tuvimos también la buena suerte de hallar en plena actividad los *claims* Cameron, Raby y Caledonian, que son tres de los mas ricos de William's

Creek. Bajamos con algunos de sus felices propietarios, y nos metimos en aquellas galerías, muy parecidas á un alcantarillado. Algunas veces percibíamos el brillo del oro; pero por lo regular no es visible ni aun en el barro en que mas abunda. M. Steele, del *claim* Cameron, se sirvió enseñarnos los libros de la compañía; el rendimiento total de los tres pozos ascendia semanalmente á 50 ó 125,000 francos; pero los gastos llegaban á 35,000. Cada uno de los 80 operarios que allí habia ganaba diariamente de 50 á 80 francos.

Todos los dias á las doce se vacían las cajas y se

saca el oro, que permanece mezclado con cierta cantidad de arena negra. En el *lavadero* de un solo pozo del claim Raby, al cual asistimos, el oro llenaba una de las cajas de estaño destinadas á las conservas, y que contenía cerca de una cuarta parte de libra; es decir, el valor de 25,000 francos por quince horas de trabajo.

El 30 de octubre, despues de pasar diez dias en William's Creek, salimos de Cameron Town, y de nuevo atravesamos el Fraser, Soda Creek, Lyton y

Yale, haciendo breves detenciones en Victoria y San Francisco.

Entramos al fin en Liverpool por la via de Panamá y Nueva-York, y el 5 de marzo de 1864, al embarcar del *China*, nos vimos rodeados de muchos antiguos amigos que nos felicitaban por nuestra próspera llegada, y en breve volvimos á disfrutar de los dulces y verdaderos placeres del hogar doméstico.

VIAJE A LA ISLA DE LA REUNION.

(ISLA BORBON);

POR M. L. SIMONIN.

1861.

I.

SAN DIONISIO.

De París á San Dionisio.—Primer aspecto de la ciudad.—El boulevard Doret.—Vegetacion de los trópicos.—El arroyo de los Negros.—El río de San Dionisio.—Los bailes de la plaza Cándida.—La estátua de Labourdonnais y la calle de París.—El jardín del Rey.—M. Prudhomme, diseador y volteriano.

De París á San Dionisio, no siempre el cámino mas corto es el mas agradable, y mientras hay quien prefiere el camino de hierro del Norte, yo tomé el de París á Leon y al Mediterráneo, que me condujo hasta Marsella. Verdad es, que *por todas partes se va á Roma*, y que el San Dionisio á donde yo me dirigia no es la sub-prefectura del Sena, última morada de nuestros reyes, sino la capital de la Isla Borbon, hoy llamada de la Reunion. Iba á las islas, como dicen en París al emprender un viaje á las colonias lejanas.

Salí de Marsella el 18 de febrero de 1861, en el paquebot inglés *Valetta*. Llevaba á su bordo un cargamento humano completo, con destino á Malta y el Egipto. El camino de hierro intermarítimo nos transportó desde Alejandría al Cairo, y desde el Cairo á Suez.

Desde Suez á Aden, en la costa de Arabia, desde Aden á los Seychelles, archipiélago francés en otro tiempo, de allí á la isla Mauricio, nuestra antigua Isla de Francia cuya capital se llama aun Puerto-Luis, y en fin, desde Puerto-Luis á San Dionisio, nos pasó el vapor inglés *Nepaul*, como pudiera una locomotora; y el 28 de marzo por la mañana, desembarcaba ya sano y salvo en la capital de la isla de la Reunion.

En menos de un mes, habia recorrido próximamente 3,000 leguas; y me parecia ya tiempo de descansar. Los ingleses podrán tener en sus casas lo que ellos llaman *confort*, pero no le tienen por cierto en sus buques, y mis compañeros de viaje, durante toda la travesía, invocaban, como yo, de todo corazón, el deseado día en que vapores franceses trasporten los pasajeros del mar de las Indias.

La ciudad de San Dionisio apareció á mis ojos graciosa y ataviada, como en día de fiesta. Las lluvias que habian caído á torrentes en los meses anteriores,

habian reanimado singularmente la vegetacion, pero sin refrescar la atmósfera. Me encontraba transportado de uno á otro emisferio; y en vez del frio de París, en breves dias me hallaban sufriendo el calor de los trópicos. Mis viajes de un extremo al otro de América me tenian acostumbrado á esos súbitos contrastes; pero lo que hasta entonces no habia visto aun, era una naturaleza tan brillante, y sobre todo una ciudad tan graciosa como la que se estendia á mi vista.

Mientras el criado lascar, indio negro y vestido de blanco, á quien encargué mi equipaje, se dirigia hácia la fonda de Europa, me paseé yo tranquilamente por las calles. Aun se respiraba el fresco de la mañana, y los jardines que se prolongaban á uno y otro lado de las aceras, esparcian en derredor mio una sombra bienhechora.

Al través de las verjas que cerraban estos jardines (*las barras*, como las llaman los criollos) se descubria la *caranga*, galería abierta que rodea los edificios. Un quinqué de cristal, que se enciende por las noches, y grandes sillones de roten donde se columpia uno negligentemente, forman todo el mueblaje de aquellos lindos peristilos.

Quando llegué á la fonda ya estaba allí mi criado. Hice que avisasen mi llegada al excelente M. E. Crémazy, á quien habia sido recomendado, y consintió en dedicarme una parte de su tiempo. Visité en su compañía los barrios de la ciudad que no habia recorrido aun: las calles son anchas, bien alineadas, y se cruzan perpendicularmente. Alrededor de la ciudad hay un paseo circular, el *boulevard Doret*, que está muy frecuentado por las tardes por gran número de carruajes. En cuanto los rayos del sol se inclinan oblicuos al horizonte, y empieza á templarse el calor, las damas, despues de haber dormido su siesta, van á aquel paseo á lucir sus resplandecientes *toilettes*. Allí se admiran tambien en todo su lujo, los pintorescos trajes de los criados venidos de la India. Los negros, emancipados en 1848, han rehusado en su mayor parte servir á los antiguos amos; y por consiguiente, los malabares, los lascares, los bengalinos, los telinguas, en fin, todas las razas de la India, han sido puestas á contribucion, para reemplazar á los esclavos africanos.

El *boulevard Doret* es el bosque de Bolonia de San